

LA HABANA Y EL INSIGNE CAUDILLO

MUJERES tristes, enlutadas, llorosas. Hombres de rostros arrugados, macerados por el dolor. Niños silenciosos que parecen tener en sus ojos la gravedad de una fe ya madura. Toda esta doliente caravana discurre frente a la casa del General Gómez. Muchas penetran en el hogar doliente y enlutado. Es, frente a esta casa que semeja con su blanca fachada y sus pérgolas ligeras una "villetta" italiana, el jubileo doliente y desconsolado.

Son las tres de la tarde. Un sol de fuego cae sobre la Habana y arranca chispas al pavimento. Pero no obstante, una muchedumbre densa se apretuja a todo lo largo del Prado, desde Trocadero hasta Refugio. Todavía, a esta hora no se conoce fijamente cuándo llegará el cadáver. Y en cada uno se aviva y se agudiza y se exaspera el deseo de saber.

Dentro, en la casa triste y dolorosa, los carpinteros los tapiceros, tienden las últimas gasas. Sobre los blandones rotundos y dorados, se yerguen, altivas, erectas, las velas de crea, como el símbolo implacable de una religión aliada de la muerte.

UN PEQUEÑO RECORRIDO POR LA HABANA

Es sábado. Es, en la Habana, un día de agitación, de frenesí. Las mujeres acuden a las tiendas lujosas y examinan, con gestos desdeñosos, los "voiles" suaves, los organdíes transparentes que parecen el capricho alado de una quimera en vena constructiva. Esta vez, nada de eso. Hay gente, mucha gente en la calle. Pero toda fluye, como si una mano de voluntad y de acción la dirigiera, hacia la Avenida del Prado.

La Calzada de Galiano tiene un aspecto doliente y sombrío. Los grandes faroles pomposos de una joyería se envuelven en gasas lúgubres. Dijérase que las joyas parecen amortiguar sus fuegos, que sus reflejos se apacan y se velan bajo la sombra de las gasas, semejantes a dos alas luctuosas de tristeza.

Todas las columnas de la ancha calzada, muestran sus lazos negros como si murciélagos enormes hubieran quedado allí con una última palpitación y un postrer estremecimiento de vida.

Los grandes hoteles del Parque Central exhiben también sus fúnebres crespones. Las columnas están vestidas de negro. Sobre la piedra blanca luce el negro de las telas. Bajo los portales discurre una humanidad triste, recogida. Aquella Acera del Louvre tan amable, tan gentil, tan plena de fervores cordiales, parece agobiada por un gran dolor. Nada de su alegría que parece a veces la canción del júbilo y de la alegría, como el rubio burbujear de una copa de champán. Aquellos hombres inteligentes tienen una suprema comprensión de los acontecimientos.

Estos muchachos, fuertes, joviales, jocundos saben encontrar en esta muerte, su lección de gloria, de sacrificio y de fe.

Y CUANDO LA TARDE ADELANTA LA ANSIEDAD DEL DOLOR CRECE...

La tarde adelanta. Una gran sombra de melancolía se extiende sobre la ciudad.

La capilla ardiente ya ha sido levantada. Llegamos a la casa del dolor y de la tristeza.

Un compañero en el periodismo, que presenta un gran cuaderno a todos los que llegan para que en él pongan su firma, nos dice:

—Hasta ahora hay más de treinta mil firmas.

Atravesamos el salón de entrada. Allí está, alto, delgado, anquilado por el dolor, por las largas, interminables horas de trabajo, de pena, de angustia, el doctor Dámaso Pasalodos.

En la portería de la casa, un criado, un pobre paquete lamentable de huesos, gime, solloza. Es Chacón, viejo criado del General.

El mayordomo, criados y empleados, dirigen la entrada y salida del público. Es un espectáculo punzante y conmovedor. Todos, unos tras otros, penetran en la capilla ardiente. Todavía el féretro no ha sido colocado.

Los grandes soportes de bronce yacen en el suelo. Las velas todavía están intactas. Su cera blanda, brilla con una blancura impoluta, lisa, sin relieve. En el altar, donde se dirán las misas, están los tres cuadros de oro con las prosas bíblicas.

Y la imaginación, loca, funambulesca, pretende agarrarse a una esperanza delirante. El féretro no está allí. Sin embargo, el público circula recogido, mudo, desconsolado. Oh, si no fuera cierta la gran desgracia! Pero de repente, en el testero central de la capilla, luce una gran corona. Cientos de flores, rosas rojas, blancas, suaves, repolludas, de pétalos rizados y apretados, forman un supremo conjunto de gracia desconsolada y desgarradora. Unas hojas de palmas encuadran toda esta exuberancia floral. Manos inteligentes patinaron las anchas hojas con un tono de oro.



Oh, si no fuera verdad!
Pero de repente una brisa ligera mueve las gasas color malva que se desprenden del techo, y agitan las cintas moradas de la grandiosa corona. Y unas letras dicen todo el poema desgarrador y trágico de la caída. "A José Miguel, América". Oh, cuánto dolor, cuánta emoción en esas letras puestas sobre la banda morada.

Todavía el sarcófago no está en la capilla. Pero aquella corona impone a todas las almas la realidad cruel y espantosa. Y entonces aquellos soportes de metal, en donde descansará a la noche el sarcófago, adquieren una visión de pesadilla.

Y el público va penetrando lentamente en la capilla. Tras el sombrero lujoso y florido y complicado de una gran dama, va el chal raído de una pobre mujer del pueblo. Junto a una autoridad elevada y prestigiosa, un obrero muestra orgullosamente su camisa manchada de aceite.

Todos van circunando. Un grupo de trajes, negros, de tafetanes sombríos, de sombreros femeninos con crespón. Las muchachas de la Universidad. Su juventud deliciosa se inclina día tras día sobre los textos abstrusos. Acaso en el estudio metódico, sus almas de cristal y de flor, hallaron motivos de excepticismo. Pero helas aquí frente al sencillo altar, donde el domingo— hoy por la mañana— las graves voces sacerdotales elevarán su prosa bíblica por el alma del General Gómez, por esta noble alma magnífica.

Aquí están estas lindas muchachas desconsoladas. Sus ojos negros, profundos, orlados por ojeras color violeta, miran con asombro y piedad los lúgubres paños negros rayados por cintas de plata. Oh, esa triste ara! Allí están los reclinatorios, también cubiertos por vestiduras negras. La inauguración se anticipa a la realidad. Ved los actos de hoy domingo. En la capilla ardiente el sarcófago. En torno los rotundos blandones, las velas de cera, con sus llamas altas y sus caperuzas vacilantes. Doña América la virtuosa, en uno de esos reclinatorios, triste con todas las tristezas, aniquilada, derrumbada sobre el terciopelo del reclinatorio, sostendrá entre sus dedos lívidos el breviario. Sus labios, que pusieron sobre las sienas de su muerto querido el supremo beso de esposa, su arcángelico ósculo de ternura, mutitarán todavía sus preces desconsoladas.

Los muchachos no pudieron más. Y un gran sollozo, se ahogó, con rumor de duelo, entre las negras paredes.

La capilla ardiente es una obra de arte. Quizá en las líneas antecedentes no haya sido completamente realizada su descripción.

En el salón de espera del palacete se ha dispuesto este fúnebre decorado. Las paredes están cubiertas por espárragos plumosos y hojas de muralla. De lo alto del techo caen gasas color mal-

va. Dijérase el velado rincón de un bosque pleno de gravedad y de misterio.

Pero los blandones imponen implacablemente su tono lúgubre.

Y estas gasas moradas, los paños negros, los soportes del féretro, el altar con sus prosas litúrgicas, semejan un sagrado rincón donde la patria simboliza su dolor y su grandeza.

LAS HORAS DE LA NOCHE

La noche comienza a poner sombras en las cosas, las bombillas eléctricas lanzan, tenuemente, casi luctuosamente sus rayos por la ciudad. El gentío que recorre las calles se hace cada instante más nutrido, más compacto, más inquieto, más imponente.

Todos inquietan. La incertidumbre es una ola enorme que sepulta a la multitud doliente.

Por los alrededores del Muelle de Caballería es imposible dar un paso. La policía enarbola el club y hace retroceder, un si es no es violentamente, al público que protesta, pero acata.

Frente al Tempete, erguido en la semi-penumbra como un inquebrantable y solitario gigante, se ha situado el cordón azul formado por vigilantes de policía. Nadie puede pasar de allí. Alguna sombra anhelante que quiere deslizarse tiene que retroceder, ante el mandato imperativo, enérgico de la fuerza pública.

Y el aliento unánime, como un suspiro prolongado y ululante se extiende por la histórica Plaza de Armas.

Trepados en las altas verjas que rodean la entrada de los muelles hay numerosos ciudadanos que se situaron antes de que la disposición de las autoridades impidiera llegar hasta allí.

Familias distinguidas; elegantes damas tocadas de negro y caballeros de sombrero de copa y chaquet ocupan los lugares estratégicos de la Capitanía, Prácticos del Puerto y todo el edificio de la Marina Nacional.

Deslumbrante, maravilloso es el aspecto que ofrece la vasta extensión del mar. Multitud de luces fosforecen, relampaguean, cruzan fugaces, por el gran espacio negro.

LA NOTICIA OFICIAL:

Cerca de las cuatro de la tarde se había recibido en el Departamento de Dirección de la Marina de Guerra Nacional un aerograma dirigido por el señor Comandante don Rodolfo Villegas Fuentes, anunciando que el crucero "Cuba", el buque-escuela "Patria" y el cañonero "Hatuey" habían zarpa-do de Key West ayer, a la una y media de la tarde, hora del meridiano de la Habana, debiendo llegar a esta ciudad sobre las nueve de la noche.

Aunque la noticia no se hizo del dominio público, por no haber tenido tiempo de publicarla los diarios de la tarde, cundió; sin embargo, con extraordinaria celeridad por toda la población, de suerte que en las primeras horas de la noche volaba ya de boca en boca por todos los ámbitos de la población.

ESPERANDO AL "CUBA"

De acuerdo con las instrucciones que previamente habían dado el Capitán del Puerto, y el Capitán de la Policía del Puerto, señor Eduardo Corrales, realizaron los últimos preparativos en la chalana "Regla", a fin de que cuando arribara el "Cuba" éste atracara con toda facilidad a la citada embarcación que se hallaba anclada desde el mediodía cerca de la Pila de Neptuno, perfectamente equipada para que por ella fuera bajado el cadáver del ilustre Mayor General del Ejército Libertador y ex-Presidente de la República.

Han sonado lentas y lúgubres las ocho campanadas en el reloj de la Catedral... De pronto surge un gran murmullo como de oración plena y todas las miradas convergen hacia el pétreo ciclope del Morro, que acaba de anunciar, según comunica la Capitania del Puerto, un barco a la vista... En todos los corazones hay un estremecimiento formidable...

¡Es el Hatuey, el cañonero cubano que precede a la fúnebre comitiva que acompaña los restos del General Gómez!

AL FIN, EL "CUBA" ENFILA EL CANAL

Unos minutos antes de las nueve, el crucero "Cuba" enfilaba el canal... ¡Entonces fué imposible contener a la multitud! La explosión magníficamente sincera y hermosa se produjo en el pueblo ante aquel barco que traía los preciados restos del esclarecido prócer cubano. Una muchedumbre, silente y tumultuosa se lanza desde todos los lugares hacia la Capitania del Puerto, convergiendo también hacia ese mismo lugar todas las personas que en el Malecón habían presenciado la entrada de la comitiva.

Y el "Cuba" siguió su marcha lenta y majestuosa por el canal, como si su armazón tuviese la plena conciencia del momento solemne y trascendental.

DOS DESTROYERS DABAN ESCOLTA AL "CUBA"

Los destróyers 85 y 184 de la Marina de Guerra norteamericana hacían escolta de honor al buque-insignia "Cuba", por disposición del Gobierno de los Estados Unidos quien rindió de esta manera un póstumo homenaje a nuestro esclarecido prócer.

LLEGADA DEL "CUBA"

En los momentos en que el estam-pido del cañonazo de las nueve atronó

los espacios, la proa del buque-insignia "Cuba" tocó al costado de la chalana, a cuyo bordo se hallaba un pelotón de sesenta Agentes de la Policía rigurosamente uniformados, divididos en dos filas, al mando del Teniente Romero Raurell. A la voz de mando del Comandante del crucero, señor Rodolfo Villegas, se realizaron las maniobras de atraque. Dispuesta convenientemente la escala para el desembarque de los comisionados, el primero en ascender por ella fué el señor Martínez Lufriú, Secretario de Gobernación, en representación del señor Presidente de la República, y los señores Enrique Roig Alberto Ruiz, Alberto Barreras, Gobernador de la Provincia de la Habana, don Marcelino Díaz de Villegas, Alcalde de la Habana, doctor Dámaso Pasalodos y el coronel Orenco Nodarse, en representación de los familiares y amigos íntimos del ex-Presidente General Gómez.

LLEGADA DE LA COMITIVA

Cambiados los abrazos de duelo, hon-dos estremecimientos de intensa pena, y expresada la más sentida condolencia por parte de las personas anteriormente mencionadas, bajó en primer lugar el doctor Miguel Mariano Gómez, seguido de los comisionados, en el siguiente orden:

Por la Cámara de Representantes, los señores doctor Santiago Verdeja, Presidente, doctor Soto Izquierdo, Germán López, doctor Gonzalo Freyre, Pastor del Río, Víctor M. Candía, Dr. Germán Wolter del Río, Enrique Reico y Viriato Gutiérrez.

Por el Comité Parlamentario Liberal señores Juan Rodríguez, Juan Espinosa y Ramón León.

Por los Ayudantes del General Gómez: señores Carlos Miguel de Céspedes, Luis Solano y Comandante Gustavo Alberti.

En representación de los Secretarios del General Gómez doctor Octavio Diviño.

En representación de los amigos íntimos doctores Juan Mencía y Domingo Macías.

Por el Ejecutivo del Partido Liberal los señores General Faustino Guerra, Presidente, Rafael Ubeda, Rafael Martínez Alonso, Juan Gronlier, Francisco Valhonrat y general Rogelio Zayas Bazán.

Por el Consejo Provincial, los señores Rodolfo Ariet, Vicepresidente, Ildefonso Murua Conters y Generoso y Rosendo Campos Marquetti.

Por el Ejecutivo Nacional del Partido Popular, los señores Elpidio Pérez, Benito Lagueruela, Nemesio del Busto, Manuel Pedroso e Indalecio M. Moles.

Por la Prensa, señores Oscar Abascal Sotolongo y Rafael Santa Coloma, por el HERALDO DE CUBA; Juan González Quevedo, por el "Diario de la Marina"; José M. Guevara, por "Havana Post"; Eduardo Cepero y José Rodríguez por "La Prensa"; Julio Pérez Gofí y Federico Gisbert, por "La Discusión"; Federico de Torres, por "El Triunfo"; C. S. Pedro, por "El Sol"; Eduardo Anillo, por el "Avisador Comercial" y Adolfo Roque y Eduardo Figarola, por "El Mundo".

Por el Consejo Nacional de Veteranos de la Independencia, generales Emilio Núñez, Presidente, y Gerardo Machado y Pedro Betancourt.

UN MOMENTO IMPRESIONANTE

Tan pronto como el doctor Miguel Mariano Gómez, visiblemente emocionado, puso el pie en la chalana, las más distinguidas personalidades que es taban esperándole, pertenecientes a Política, al Comercio, a la Banca, al Ejército, a la Marina y otras altas entidades, le tendieron los brazos cordialmente y apenas musitaron al oído del digno hijo del General Gómez algunas frases sentidas que la emoción entrecortaba, y el llanto, un llanto profundamente conmovedor, salido de lo más íntimo de los corazones las humedecía. Los espectadores de aquella escena impresionante también enmudecieron y las lágrimas brillaron en todas las mejillas. Era la más elocuente exteriorización del dolor de todo el pueblo de Cuba.

LOS ASISTENTES

El lápiz del repórter volaba sobre el carnet recogiendo detalles y fué insuficiente para tomar exacta nota de todos y cada uno de los concurrentes. Sin embargo, pudo anotar entre otras distinguidas personalidades a los señores

Manuel Varona Suárez, Rafael Martínez Ortiz, Francisco de P. Machado, Manuel Gutiérrez Quirós, Jesús María Barraqué, Juan Manuel Menocal, Emilio del Junco, Manuel Sanguily, Ortelio Foyo, Benito Lagueruela, Ignacio Remírez, Nicolás Alberdi, Francisco López Leiva, Ramiro Cabrera, José Lorenzo Castellanos, Mario García Kohly, quienes fueron durante la Administración del General Gómez Secretarios del Despacho.

Generales Manuel Alfonso, Enrique Loynaz del Castillo, Pedro Vázquez, Carlos Guas, Pedro Díaz, Hugo Roberts, Daniel Gispert, Juan Ducasse; Coroneles Polo Calvo, Solano Romero, Pío Domínguez, Eulogio Sardiñas, Francisco López Leiva, Tomás Olivera, Vicente Suárez, Tinito Cruz, Juan Clemente y Antonio Vivanco, José Lara Miret; Tenientes Coroneles Benito Barceló, Joaquín Pelaez; Comandantes Domingo Herrera, José Vicente Alonso, Luis de la Cruz Muñoz, Luis Troncoso, Teodosio Cajigal, Enrique García; Capitanes Octaviano Ajamil, Armando

Cartaya, Miguel Urrutia, Ramiro Ramírez Tamayo; César Agiero, Cleto Collado, Gustavo Alfonso; Tenientes Luis Suárez, Armando P. Carrillo, Filiberto Vigil, José Martínez Ossa, y Francisco Mena, en representación del Consejo Nacional de Veteranos de la Independencia.

También concurren a bordo de la chalana el General Eduardo Guzmán, el General Ernesto Asbert, doctor Zárraga, doctor Arcacha, representantes Rafael Alfonso, Carlos Machado, Justo Luis Pozo, Heliodoro Gil, Ramón Guerra, Ramón Vidal, Aquilino Lombard, Juan Aedo, Rafael Martínez Alonso, Luis Estrada, Amado Sigarreta, Francisco Menchero, Rodolfo Socarrás, José R. del Cueto, Raúl Navarrete, Emilio Sardiñas, Armando Char-diet, Vicente Alonso Puig, y los señores Dr. Emilio Núñez Portuondo, el Conde del Romero, General Rafael Montalvo, el Alcalde de la Cárcel coronel Andrés Hernández, doctor Barrero, doctor Eduardo Borrell, José Esquivel, doctor Ramón Zaydín, Antonio Alentado, Pedro Urra, Santiago Valera, Antonio Ruiz, comandante Mariano Robau, Luis Betancourt, Andrés Salazar, Pablo Figueredo, el presidente del Comité de Acción y propaganda pro Don Marcelino Díaz de Villegas, Sr. César Travieso, Félix Ayón, Narciso Morán, Juan Castelló, Manuel Pereira, Agustín del Pino, Carlos Manuel Vázquez, Ramón Wiltz, Miguel Ángel Cisneros, Ruy de Lugo Viña, Roberto Azón, Víctor Muñoz, Pedro Pablo Soldevilla, José R. Egües.

BAJADA DEL FERETRO

Diez minutos después de haber desembarcado el doctor Miguel Mariano Gómez, en unión de los miembros de la Comitiva, el Comandante del crucero "Cuba" dió las órdenes para que el féretro fuera trasbordado a la chalana, acto que se llevó a cabo a las 9 y 35, siendo recibido por el piquete de artillería designado, del cual formaban parte los Sargentos Aurelio Soriego, Benito Aguado, Francisco Noa, Luis Chávez, Juan Martínez, Carmelo Sánchez, Salvador Rivero y José de la Campa, quienes divididos en dos filas, condujeron el féretro al armón, a hombros, colocándolo ahí. Concluido este acto que se verificó entre un imponente y religioso silencio, seis Oficiales de la Marina Nacional, cubrieron el sarcófago con una gran bandera nacional de seda, situándose, tres de un lado y tres del otro, para hacer escolta de honor, en nombre de la Armada de Cuba. Inmediatamente después desembarcó el Batallón de Infantería de Marina y la Banda de Música que fué comisionada para ir a Key West, para rendirle honores al prócer. Estas fuerzas estaban al mando del Comandante Rodolfo Villegas Ruenes, y los Tenientes Carlos Lunar, Gastón Fernández Supervielle, Domingo Pérez, y Angel Menéndez, habiendo hecho escolta desde el puerto hasta la casa de la familia del general Gómez.



5

SALIDA DEL ARMON

A las diez menos cuarto y a la voz de mando del Comandante Rodolfo Villegas, el Batallón de Infantería de Marina se puso en marcha, en doble columna, siendo precedido por la Banda de Música. A continuación de la Banda se puso el armón en movimiento, siendo éste arrastrado por ocho parejas de caballos lujosamente enjaezados, guiados por el Sargento de Artillería Agustín Caraballo y los artilleros Ricardo Fernández, Jesús Pérez, Jesús Fernández y Ricardo Fernández.

LA COMITIVA

Detrás del armón seguían el Dr. Miguel Mariano Gómez, el señor Francisco Martínez Lufriú, Secretario de Gobernación, acompañado de sus Ayudantes Capitanes Cárdenas y Miranda, el Secretario de Guerra y Marina, General Castillo Duany y sus Ayudantes, el doctor Dámaso Pasalodos, el General Ernesto Asbert, los miembros de las distintas Comisiones y un público numerosísimo.

Cuando el cortejo fúnebre se puso en marcha en la explanada de la Capitania, hubo conmovedoras escenas entre los asistentes al acto.

LLEGADA DEL HATUEY

El cañonero "Hatuey" que fué el guía de la escuadra en su viaje a Key West, atracó al Muelle de Caballería, minutos después de haber arribado el crucero "Cuba" a la Pila de Neptuno. Inmediatamente después se verificó el desembarco de la señora doña América Arias de Gómez, viuda del General, acompañada de sus hijas Narcisa y Petronila, y de la señora María Luisa Sánchez de Ferrara, teniendo reflejada en sus semblantes una hondísima pena. Fueron a recibir a las distinguidas damas los señores Enrique Roig, Marcial Hernández, Administrador Gerente del HERALDO DE CUBA, Gustavo González Beauville y las acompañaron hasta su residencia del Paseo del Prado, en su automóvil particular, los señores Julio Morales Coello, Enrique Roig, Manuel Mencía y Teniente de Navío Martínez-moles, sobrino de doña América Arias.

SALUDANDO AL DR. FERRARA

Los primeros en darle la bienvenida al doctor Orestes Ferrara, quien vino acompañando el cadáver desde Nueva York, fueron los señores Enrique Roig, Marcial Hernández, Ramiro Cabrera y Gustavo González Beauville.

*Heraldo,
Junio 19/21*





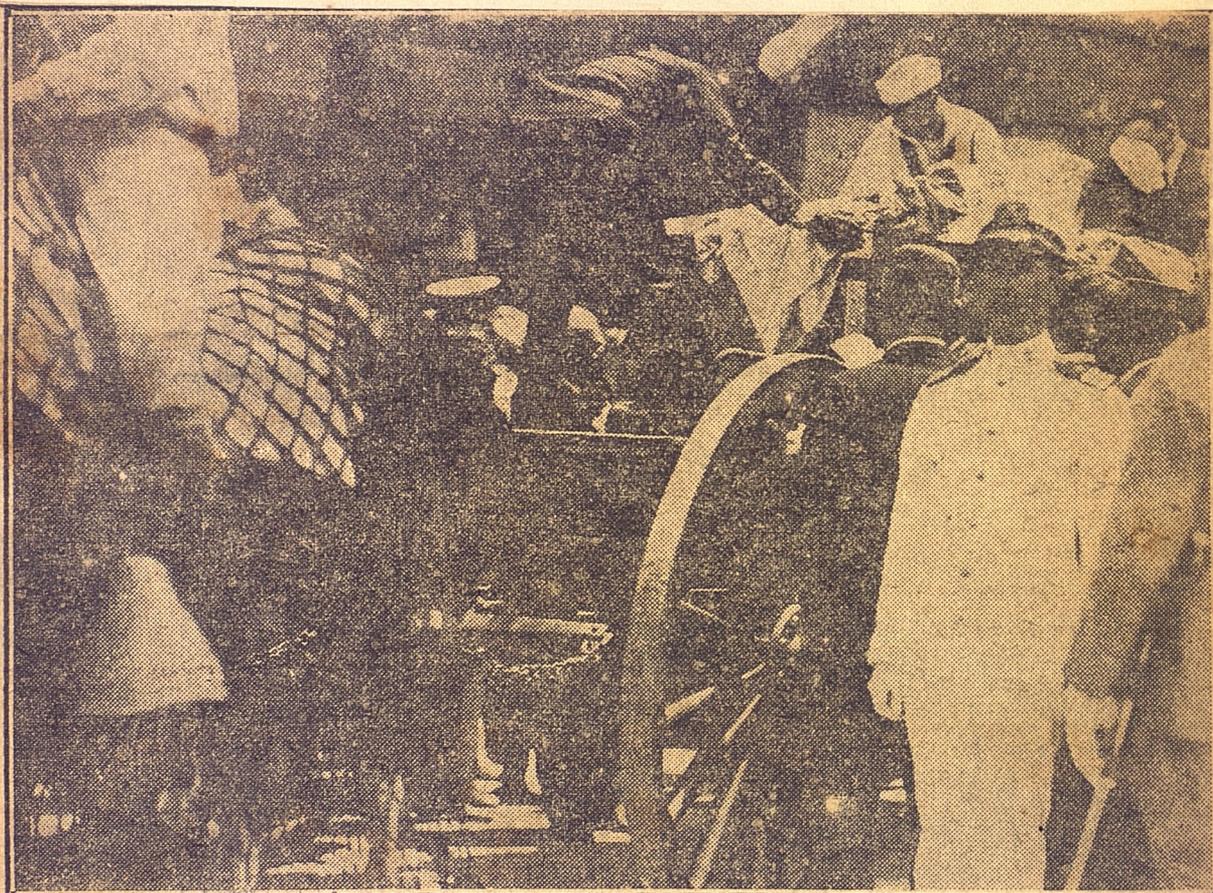
LOS MARINOS DEL CUBA EN ESPERA DEL CADAVER.

1921



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



COLOCACION DEL FERETRO SOBRE EL ARMON.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



EL ARMON QUE CONDUCE LOS RESTOS DEL GENERAL GOMEZ EN LAS CALLES DE CAYO HUESO



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA